

FILOSOFÍA DE LOS ANTIGUOS MEXICANOS*

Salvador Domínguez Assiayn

Dos graves obstáculos se presentan al que intenta profundizar el estudio de la filosofía de los antiguos mexicanos: la falta de tradición escrita y el implacable hermetismo de los indígenas, que sistemáticamente se rehusaron a revelar la parte esotérica de sus cultos. La existencia de una importantísima doctrina esotérica se comprueba con la dura disciplina y larga enseñanza que se impartía en los seminarios llamados Calmecac, cuyos severos estatutos castigaban frecuentemente con la muerte las infracciones. “Es cosa muy averiguada, decía Sahagún, que en la cueva, bosque y arcabuco donde el día de hoy este maldito adversario (el demonio) se esconde, son los cantares y salmos que tienen compuestos los naturales, y se le cantan sin poderse entender lo que en ellos se trata, más de por aquellos que son naturales y acostumbrados (iniciados) a este lenguaje, de manera que se canta todo lo que él quiere, sea guerra o paz, sea loor suyo o contumelia a Cristo, sin que de lo demás se pueda entender cosa alguna.” La severa abstinencia de la vida monacal del mexicano, la infranqueable reserva que guardaron sobre ello aún después de la conquista los mismos conversos, evidencian que la liturgia náhuatl tenía un sentido oculto que hasta ahora no ha sido descubierto. [...]

Como el único refugio de la filosofía era la oratoria, hubo de caer en el olvido, puesto que la oratoria no podía seguir

* Extracto del capítulo VII de la obra en preparación “La civilización de los antiguos mexicanos” N. de la E.: Selección tomada del último número de *Contemporáneos* (Tomo XI, núm. 42-43, nov-dic 1931). Según nuestras pesquisas, la obra mayor anunciada jamás se publicó.

siendo difundida en el hostil ambiente cristiano impuesto por los conquistadores. Dispersa y diezmada la raza, muertos o anulados por la esclavitud sus directores intelectuales, los hijos de los conquistados quedaron desconectados de su pasado, pudiendo sólo conservar en el fondo de las montañas, residuos de supersticiones y liturgia —aspectos esotéricos y puramente espectaculares— de ritos cuyo sentido oculto sólo poseían los iniciados. Verdad es que otra parte capitalísima del pensamiento mexicano estaba consignada en monumentos y códices, pero en su gran mayoría, los primeros fueron destruidos, aprovechando sus sillares para la construcción de templos cristianos, y los últimos, incinerados por el fanatismo iconoclasta de Zumárraga y sus émulos. Por último, los que poseían la clave de los códices, los únicos que pudieran leerlos con acierto, habían enmudecido por la muerte, por la esclavitud, por sus juramentos y por temor a los castigos que la violación del secreto les hubiera traído.

En realidad, poco sabemos de la ideología precortesiana, la cual casi sólo podemos estudiar a través de la última etapa de la vida azteca, que en algunos aspectos puede ser considerada como síntesis y selección de los elementos de las civilizaciones anteriores, pero que en otros impide una visión clara de ellas, porque ya en los últimos años se advertía el olvido y el relajamiento de los primitivos ritos. Además, el deseo del misionero de borrar lo más rápidamente posible la vieja religión, fue causa de que se hiciera una mezcla indiscernible de ritos mexicanos y católicos, por virtud de que, cuando se estimaba difícil combatir los sentimientos religiosos íntimos de los conquistados, se conformaban con orientar hacia el catolicismo los cultos externos. [...]

Se ha dicho que en los pueblos primitivos la filosofía se identifica con la teología, pero, aunque se abunde en esa opinión, posiblemente la descripción de la segunda no debe dispensar del estudio de la primera.

El antiguo mexicano era esencialmente monista, y, como

todos los pueblos primitivos, esencialmente causalista. Aun futilidades y banalidades las atribuía a los dioses, pero explicaba a éstos por una Causa Única, de la cual todas las demás no eran más que manifestaciones. Esa causa “única”, “irrepresentable”, “inconcebible”, “impalpable”, “omnipresente”, contenía la dualidad, mas no era la dualidad. Ésta, para el mexicano, merecía un concepto completamente distinto del de otros pueblos, puesto que no significaba la existencia de dos principios antagónicos, ya que no admitía más que una sola causa. De buscarse alguna semejanza para esa idea, apenas si podría hallarse, vagamente, en el pitagorismo.

El Dios Causa era para ellos Ometeuhli, literalmente: el Señor 2. El Señor Dos era único, pero contenía potencialmente la paridad, pues que era reproductor de sí mismo. Frecuentemente, la estética monótona de las academias se ha alarmado ante la fealdad de los ídolos aztecas. Nada, sin embargo, es más justificado que esa fealdad. El cincel indígena era capaz de la reproducción del natural dentro del servilismo realista y fatigoso de la estatuaria helénica. Para comprobarlo basta observar la perfecta cabeza de caballero-tigre que existe en el Museo. Pero el azteca no cayó jamás en la sacrílega audacia de querer representar fisonómicamente a sus dioses y, sobre todo, a Dios. Para significar que el hombre no era capaz de comprender a Dios, que Dios era invisualizable, no le ponían rostro. Lo ocultaban tras una máscara o tras un cetro, llamado *tlachialoni*, “que quiere decir miradero o mirador, porque con él ocultaba la cara y miraba por el agujero, de en medio de la chapa de oro”. Frecuentemente, la faz quedaba tras de un signo sin ningún punto de contacto con el rostro humano, dando a entender que la audacia del arte y del pensamiento deben detenerse ante un mero aspecto que esconde a la divinidad inconocida e incognoscible. Nada, pues, tiene de extraño que en una iconografía puramente simbolista y absolutamente irrepresentativa se huyera del fotográfico servilismo de la estatuaria antropomórfica.

Así, pues, el Señor Dos pudo engendrarse a sí mismo. En la alta teogonía náhuatl, Ometeuhli no era un hombre, sino un principio astronómico, físico y espiritual. Ellos admitían la inmortalidad de la energía y de la materia, reconociendo la contemporaneidad de ambas. El calor es energía, pero para que lo sea necesita de la materia. Adoraban, pues, al Fuego, pero no el fuego del hogar o el producido por la frotación de dos leños secos, descubrimiento que conmemoraban también, sino al Fuego tal como se concebía el Calórico en la antigua física. El calor era la primera manifestación de todo lo existente. De ahí que lo llamaban Huehuetēotl, el dios más viejo, “el abuelo de todos los dioses”. Mas Huehuetēotl no era limitación del infinito Ometeuhli: le era inherente. Por más que aplicaran categóricamente la existencia de una causa única, cuyo nombre más completo era Yoallichecatl tezcatlipoca. Contenía el sol, pero no lo era, pues que el sol no es invisible, ni incorpóreo, ni todopoderoso, ya que, convertido en Tzontémoc (crepúsculo vespertino: dios que cae), va a alumbrar el reino de los muertos, vencido por Quetzalcohuatl, la estrella de la tarde.

Ometeuhli está fuera de la tierra, pero la gobierna. Es omnividente: “penetra lo mismo el corazón del hombre que las piedras”; omnisapiente: “sabe de antemano lo que va a suceder, como lo que ha sucedido”. A veces es llamado Tezcatlipoca, que servilmente ha sido traducido como “espejo que humea”. Significa “espejo humo”, vapor, es decir, espejo celeste, en el cual, ineludiblemente, se reflejan nuestros actos, para significar que nada puede pasarle inadvertido.

Desdoblado Ometeuhli en cuatro dioses, astronómicos, sexualmente diferenciados ya, hizo la Tierra (“aquello sobre lo cual caminamos”), que fue poblado por los subdioses, mediante la unión del fuego con la tierra y del fuego con el agua, audaces conceptos según los cuales la vida surge de la asociación de la energía y la materia. El Cipactli era el principio. Tenía cierta forma de pez, para significar que la vida había empezado en el océano.

No creían en el pecado original, ni en que el hombre naciera con tara alguna, generalmente hablando. Profesaban un magnífico concepto del libre albedrío, admitiendo con una lógica salvedad que el hombre es libre, pero el ejercicio de su voluntad está limitado y condicionado por el temperamento con que nace. Parece que el reconocimiento de esta limitación del albedrío constituía un principio esotérico, ya que al no iniciado se le hacía creer que era completamente libre en sus actos. “Por tu propia libertad y albedrío —decíale el sacerdote— te ensuciaste y amancillaste”. Inculcaban esta convicción para evitar que el fatalismo hiciera perder al hombre la noción de la responsabilidad. En cambio, cuando el sacerdote se dirigía a Dios, le decía: “hablo en presencia de Vuestra Majestad, que sabe todas las cosas, y sabe, también, que este hombre no pecó con libertad entera de libre albedrío, porque fue inclinado por la condición natural del signo con que nació”.

Si deben ser considerados como fatalistas, su fatalismo era menor que el de los cristianos, quienes creen que el destino del individuo es un designio de la Providencia. El fatalismo mexicano admitía la propensión. Devotos de la astrología, creían en la influencia de los signos zodiacales, a semejanza de toda la Antigüedad. Pero creían que un signo adverso puede ser neutralizado y dominado por el ejercicio de la bondad del individuo, tanto como un signo favorable puede ser ineficaz si no se practica la virtud. Afirmaban que, en términos generales, los hombres se hallan igualmente capacitados aun para las más señaladas empresas. Esto lo demuestra el siguiente discurso:

“Nota bien tú, que presumes de hombre, que aquel o aquellos que fueron ilustres, grandes y famosos por sus obras, son como tú y no de otro metal u otra materia que tú: son tus hermanos mayores o menores. Su corazón es como el tuyo, su sangre es como la tuya, sus huesos como los tuyos, su carne como la tuya. El mismo Dios que te puso a ti el espíritu y cuerpo que tienes, dio aquel espíritu y cuerpo en que viven.”

La alocución anterior enseña también la profunda distinción que siempre hicieron entre el espíritu con que se vive y el cuerpo en que se vive.

Creían que el hombre nacía para el bien y que era bueno y puro por naturaleza. Así decía el padre al hijo: “cuando fuiste criado y enviado a este mundo (parece que, tal como creían en ultratumba, creían en lo que podría llamarse pre-cuna), limpio y bueno fuiste criado y enviado, y tu padre y madre Quetzalcoatl te formó como una piedra preciosa y como una cuenta de oro de mucho valor, y cuando naciste eras como una piedra rica y como una joya de oro muy resplandeciente y pulida”.

Según ellos, el mundo había sido hecho para deleite de Dios, creyendo que dejaría de existir “el día en que la tierra estuviere harta de producir más criaturas”.

Aceptaban la inmortalidad de todo lo existente (materia, energía, alma), excepto de la forma. Creían en la sobrevivencia del alma y lo expresaban tan categóricamente, que resulta difícil concebir cómo, sin aducir pruebas, se atrevió a negarlo el señor Chavero, quien, discípulo del positivismo entonces en boga, se esforzaba en acomodar los hechos de manera que fuera posible creer que el positivismo es el sistema filosófico más natural y espontáneamente buscado. El sacerdote decía: “Allí (ultratumba) te será dado lo que mereciste en este mundo, según la justicia divina, y lo que demandaste con tus obras de pobreza, miseria y enfermedad. De diversas maneras serás atormentado y afligido en todo extremo y estarás zambullido en un lago (infierno lógico de un pueblo lacustre) de tormentos y de miserias intolerables.”

Creían en una especie de metempsicosis, según la cual, el hombre que muere por su deber, no queda incomunicado de sus deudos, a los cuales puede volver a ver encarnado en un ave (colibrí).

“Los chichimecas no tenían más que un solo Dios, llamado Mizcoatl (la Vía Láctea: mitz, leche; coatl, serpiente)*, y tenían

* N. de la E.: es Mixcóatl y el elemento *mixtli* es niebla

su imagen y estatua, y tenían otro dios invisible y sin imagen, llamado Ioalliehecatl, que quiere decir dios invisible e impalpable, favorecedor y amparador todopoderoso, por cuya virtud todos viven, el cual sólo por su saber rige y hace su voluntad en todas las cosas.”

Con todo énfasis puede afirmarse que no practicaban la zoolatría. Así como los cristianos jamás han rendido culto a la paloma o al cordero, por más que aprovechen sus figuras para representar al Espíritu Santo o el Agnus Dei, los aztecas no rindieron jamás culto a la serpiente o al águila, por más que tomaron sus figuras para expresar ideas sobre el infinito o el valor. Por el contrario, la serpiente, como ofidio, como tipo zoológico, les merecía menosprecio. [...]

Persuadidos de que la misión natural del hombre es el bien, que la influencia del signo es modificable, que la limitación que impone el temperamento al ejercicio del albedrío no es lo bastante estrecha para irresponsabilizarlo, sintieron esa “necesidad de expiación” que tanto sirviera a Cherbury, al hallarla en todos los pueblos, para encontrar a Dios. [...]

Con demasiada ligereza se ha acusado al mexicano de idólatra y de politeísta, cuando en puridad no fue ni lo uno ni lo otro. No era idólatra en tanto que no creía que la divinidad residiera en una piedra esculpida, piedra que ni siquiera la representaba, sino la simbolizaba, si bien las clases populares, a semejanza de lo que acontece en el catolicismo, tendieran a confundir lo simbolizado con el símbolo, venerando a éste por aquél. Tampoco la religión pura del mexicano era politeísta, ya que ni siquiera admitía dos principios en pugna, creando el insoluble conflicto de un diablo limitando a un dios. [...]

Con notoria injusticia se les imputa que dieran dioses tutelares a los vicios. Esos dioses eran precisamente lo contrario de lo que se supone. El sacerdote decía: “Has ofendido a Dios emborrachándote: conviene satisfacer al dios del vino, llamado Totochi.” [...]

El olimpo mexicano no tuvo, en realidad, ni bacos ni venus.

Por el contrario [...] las sanciones establecidas para tales excesos eran crudelísimas. Los dioses de la embriaguez y del amor, en vez de significar los vicios, significaban las virtudes opuestas a esos vicios, tal como en el catolicismo las devociones de San José y San Luis Gonzaga son las señaladas para los inabstinentes.

En resumen, creían en un dios invisible (ahuelítoc), impalpable, que está en todas partes, incorpóreo, único, que contiene en sí mismo el hombre y la mujer (por lo cual lo representaban, en los códices, de color natural —masculinidad—, con las manos amarillas —feminidad—). Creían que el hombre posee cuerpo (tonacaiutltomio: “nuestra carne y nuestros huesos”) y alma (teyolía); que posee libre albedrío (tlanequíliztli); que sus actos lo hacen acreedor a premios o castigos ultramundanos; que la expiación es posible por una sola vez, y que la virtud (cualtihuani) es la misión natural de la vida humana, hecha para deleite de Dios.